

El final de una polémica

Tierra Vasca, 115. zk., 1966-01: 4.

Acabo de leer los últimos trabajos publicados por TIERRA VASCA en torno al euskera: los de Las Heras y Dolara, que son críticos de mi posición, y el del corresponsal donostiarra, que viene a coincidir con mi punto de vista.

Y acepto la invitación de Luis para terminar esta controversia.

No voy a hacer uso de este artículo para decir la última palabra; ya mi posición está clara, y al iniciar este diálogo no me guió ninguna pretensión de decir ni siquiera la penúltima.

Tampoco pesa nada en mi conciencia al terminarla; será acaso porque, a pesar del natural sentimiento que me ha guiado en este intercambio apasionado de ideas, me he esforzado en mantener un tono de ecuanimidad que quiero comentar brevemente.

* * *

Como periodista y como profesor de opinión pública me ha tocado estudiar con algún detenimiento el fenómeno de la comunicación humana, sus posibilidades y sus limitaciones, sobre todo en el proceso de influir en las ideas de los demás, y nunca he pretendido que Luis Las Heras cambie radicalmente de manera de pensar sobre la importancia que tiene el euskera para nuestro pueblo. Cosa que, por otra parte, me hubiese gustado muchísimo.

¿Por qué inicié, entonces, este diálogo?

Primero, que si yo hubiese buscado influir decisivamente en Luis Las Heras no le hubiese retado en un periódico, aún sin nombrarlo, porque cualquier hombre reacciona en público (y los lectores de TIERRA VASCA constituyen un público que importa mucho a él, y a mí) de una manera comprometida que lo obliga a atrincherarse y a defenderse. Yo no digo que no haya conseguido prender algunas dudas en su conciencia, y esta es una posibilidad que yo abrigo con alguna esperanza, pero estoy seguro de que no puedo producir en él ningún cambio de posición importante.

Segundo: si comencé, de todas maneras, este diálogo fue porque consideré que la posición de Luis Las Heras es compartida por muchos vascos, y que había necesidad de dar a esos patriotas anónimos la oportunidad de escuchar elementos de juicio que yo considero justos a través de un órgano de comunicación de su propia confianza, como es TIERRA VASCA.

Y, tercero, porque al margen de cualquier objetivo pre-establecido, y siempre digno, de tratar de convencer a otros, me parece fundamental predicar y cumplir, la simple necesidad del diálogo constructivo y de la tolerancia entre nosotros, ya que sin este clima no conquistaremos los vascos más que otro mundo de intolerancia, aunque sea vasco; y

bastante daño nos ha hecho ya el franquismo español en que estamos inmersos, y contagiados.

* * *

No crea, pues, nadie que por no haber llegado a través de esta polémica a ninguna fórmula espectacular no hemos avanzado nada. Algunas de las cosas que nos hemos dicho habrán calado en muchos vascos. El hombre descubre, tiene que descubrir, la razón por sí mismo; pero es imprescindible exponerlo a su influencia, y en las condiciones más favorables posibles.

Un hombre es, por mucho que se esfuerce, un compartimiento estanco en experiencia; cada hombre recibe el impacto de lo que percibe o siente o intuye de una manera absolutamente individual. Naturalmente que Las Heras, quien no ha oído hablar euskera en la cuna, ni después hasta la edad madura (aunque hoy lo están aprendiendo sus hijos, circunstancia que explica la posición constructiva de Luis), tiene un concepto de esa lengua muy diferente al mío, que se ha formado bajo la influencia de un mundo completamente euskeldun.

Después el hombre se esfuerza socialmente, mediante la comunicación, en pasar su experiencia a los demás para llegar a la fórmula de convivencia a que lo empuja su sentimiento, su inteligencia y la simple necesidad, pero esta comunicación está llena de obstáculos, de inhibiciones selectivas, no siempre, ni mucho menos, conscientes. Cómo vamos a valorar Luis Las Heras y yo de la misma manera las necesidades vitales de la lengua vasca, sus angustias de muerte? Somos, sin duda, dos vascos fundamentalmente diferentes, pertenecientes los dos al complejo que constituye Euzkadi en nuestros días. Estos resortes diferenciados del pensar y del sentir están alertas, vivos; y solo después de una comunicación libre de imposiciones, de un clima de libre receptividad sin distorsiones (que a lo largo de la polémica se han producido evidentes, seguramente de las dos partes), podremos llegar a valorar nuestros lenguajes y aceptar sus significados de manera positiva para la patria común que tanto nos preocupa. Pero ya es bueno que hayamos mantenido el tono positivo a que nos obliga el denominador común de nuestro sentido nacional, y hayamos usado las palabras como puentes, y no como obstáculos.

La tolerancia no debilita nuestras convicciones, sino que las fortalece, y, sobre todo, las hace respetables aún para aquellos que estén inicialmente frente a nosotros.